

serenaos, ¡vive Dios!
ROD. ¿Con que es decir..... ?
GAB. Que divierto
mi fastidio, Santillana.
ROD. No haréis lo mismo mañana. (*Furioso.*)
GAB. Ahorcándome hoy, no por cierto.
(*Con calma.*)

ACTO TERCERO.—Escena IV.

JOSE ZORRILLA.



LA VIDA ES SUEÑO

SEGISMUNDO ¿Soy yo por ventural ¿soy
el que preso y aherreojado
llego a verme en tal estado!
¿no sois mi sepulcro vos,
torre! Sí. ¡Válgame Dios,
qué de cosas he soñado!
CLOTALDO (Ap. ¡ A mí me toca llegar
a hacer la desecha ahora.)
¿Es ya de despertar hora?
SEGISMUNDO Sí, hora es ya de despertar.
CLOTALDO ¿Todo el día te has de estar
durmiendo! Desde que yo
al águila que voló,
con tarda vista seguí,
y te quedaste tú aquí,
¿nunca has despertado?
SEGISMUNDO No,
ni aun agora he despertado;
que según Clotaldo, entiendo,
todavía estoy durmiendo:
y no estoy muy engañado;
porque si ha sido soñado
lo que vi palpable y cierto,
lo que veo será incierto,
y no es mucho que rendido

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1525 MONTERREY, MEXICO

pues veo estando dormido,
que sueñe estando despierto!

CLOT. Lo que soñaste me di.

SEGIS. Supuesto que sueño fué,
no diré lo que soñé,
lo que vi Clotaldo, sí.
Yo desperté, yo me vi
(¡qué crueldad tan lisonjera!)
en un lecho que pudiera
con matices y colores
ser el catre de las flores,
que tejó la primavera.
Allí mil nobles, rendidos
a mis pies, nombre me dieron
de su Príncipe, y sirvieron
galas, joyas y vestidos.
La calma de mis sentidos
tú trocaste en alegría,
diciendo la dicha mía;
que, aunque estoy desta manera,
príncipe en Palonia era.

CLOT. Buenas albricias tendría.

SEGIS. No muy buenas: por traidor,
con pecho atrevido y fuerte,
dos veces te daba muerte.

CLOT. ¡Para mí tanto rigor!

SEGIS. De todos era señor,
y de todos me vengaba;
solo a una mujer amaba....
—Que fué verdad, creo yo
en que todo se acabó,
y esto sólo no se acaba.

CLOT. (Ap.) (Enternecido se ha ido
el Rey, de haberle escuchado.)
Como habíamos hablado
de aquella águila, dormido,
tu sueño imperios han sido;
mas en sueños fuera bien
honrar entonces a quien
te crió en tantos empeños,

segismundo; que aun en sueños,
no se pierde el hacer bien. (Ms.)

SEGIS. Es verdad. Pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos:
y sí haremos, porque estamos
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive, sueña
lo que es, hasta despertar.
Sueña el Rey que es Rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viento escribe
y en cenizas le convierte
la muerte: ¡desdicha fuerte!
¿Y hay quien intente reinar,
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte!
Sueña el rico en su riqueza
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende;
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí,
destas prisiones cargado,

y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? un frenesí:
¿Qué es la vida? una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños sueño son.

Jornada Segunda.
P. CALDERON DE LA BARCA.



LOS AMANTES DE TERUEL

Don Diego Martínez Garcés de Marsilla.
Don Martín Garcés de Marsilla, su padre.

MARSILLA Monstruo por cuya voz ruge el abismo,
vuelve y di que es engaño
todo lo que te oí. (*Forseja para desatarse del
árbol a que está sujeto.*)
Lazos crueles,
¿Cómo me resistís! ¡Ligan cordeles
al que hierros quebró! ¿No soy el mismo!
¡Ah! no. Mujer fatal, cortos instantes
me quedan qué vivir, si no has mentido;
pero ¡permítame Dios que muera antes!

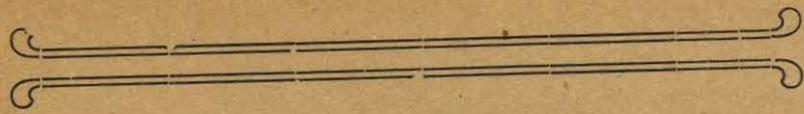
MARTIN (*Dentro.*) El es.
MARSILLA ¡Mi padre!
MARTIN El es.
MARSILLA ¡Padre!
MARTIN ¡Hijo mío!
Subid, corred, volad, libradle pronto.
MARSILLA Desatadme, decidme.....(*Desatan a Marsilla.*)
MARTIN (*Saliendo.*) ¡Hijo querido!
MARSILLA ¡Padre!
MARTIN Por fin te hallé.

- MARS. Decid . . . ¿es tarde?
Yo quisiera dudar . . . Mi mal ¿es cierto?
- MART. Respóndante las lágrimas que vierto.
Hijo del alma a quien su hierro ardiente
la desgracia al nacer marcó en la frente;
tu triste padre que por verte vive,
con dolor en sus brazos te recibe.
¿Quién tu llegada ha retardado!
- MARS. El cielo . . .
el infierno . . . no sé . . . facinerosos . . .
una mujer . . . dejadme . . .
- MART. ¿La Sultana!
¿Esos bandidos que cobardes huyen
de los guerreros que conmigo traje!
¿Te han herido!
- MARS. ¡Ojalá!
- MART. ¿Te han despojado?
- MARS. Nada he perdido . . . ¡la esperanza sólo!
- MART. ¡Suerte cruel! Cuando el fatal sonido
de la campana, término ponía . . .
- MARS. ¡Esa tigre anunció la muerte mía!
- MART. ¿Lo sabes?
- MARS. De ella.
- MART. ¡Horror! Entonces era
cuando Jaime, el sentido recobrando,
la traidora noticia desmentía.
corro al templo a saber . . . Miro, enmudezco . . .
¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste . . .
Dios lo ha querido así . . . Pero aun te quedan
padres que lloren tu destino triste.
- MARS. El ajeno dolor no quita el mío.
¿Con qué llenáis el hórrido vacío
que el alma siente, de su bien privada!
¡Padre! sin Isabel, para Marsilla
no hay en el mundo nada.
Por eso en mi doliente desvarío
sed bárbara de sangre me devora.
Verterla a ríos para hartarme quiero,
y cuando más que derramar no tenga,
La de mis venas soltará mi acero.

- MART. Hijo, modera ese furor.
- MARS. ¡Quién osa
hijo llamarme ya! ¡Fuera ese nombre!
La desventura quiebra
los vínculos del hombre con el hombre,
y con la vida y la virtud. Ahora
que tiemble mi rival, tiemble la mora.
Breve será su victorioso alarde:
para acabar con ambos aun no es tarde.
- MART. ¡Desgraciado! ¿Qué intentas?
- MARS. Con el crimen
el crimen castigar. Una serpiente
se me enreda en los pies: mi pie destroce
su garganta infernal. Un enemigo
me aparta de Isabel: desaparezca.
- MART. ¡Hijo!
- MARS. Perecerá.
- MART. No . . .
- MARS. ¡Maldecido
mi nombre sea, si la sangre odiosa
de mi rival no vierto!
- MART. Es poderoso.
- MARS. Marsilla soy.
- MART. Mil deudos le acompañan . . .
- MARS. Mi furia a mí.
- MART. Merézcate respeto
ese lazo.
- MARS. Es sacrílego, es aleve.
- MART. ¡En presencia de Dios formado ha sido!
- MARS. ¡Con mi presencia queda destruído!

ACTO TERCERO. Escenas IX y XI.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSH.



EL ALCALDE DE ZALAMEA



D. LOPE (*Dentro.*) Para, para. . . .

CRESPO ¿Qué es aquesto? ¿Quién, quién hoy
se apea en mi casa así?
Pero ¿quién se ha entrado aquí?

(*Salen D. Lope y soldados.*)

D. LOPE ¡Oh Pedro Crespo! Yo soy;
que volviendo a este lugar
de la mitad del camino
(donde me trae, imagino
un grandísimo pesar),
no era bien ir a apearme
a otra parte, siendo vos
tan mi amigo.

CRESPO Guárdeos Dios;
que siempre tratáis de honrarme.

D. LOPE Vuestro hijo no ha parecido
por allá.

CRESPO Presto sabréis
la ocasión: la que tenéis
señor de haberos venido,
me haced merced de contar;
que venís mortal, señor.

D. LOPE La vergüenza es mayor
que se puede imaginar.
Es el mayor desatino

que hombre ninguno intentó.

Un soldado me alcanzó
y me dijo en el camino

—Que estoy perdido, os confieso
de cólera.

CRES. Proseguí.

D. LOP. Que un alcaldillo de aquí
al capitán tiene preso.—
Y ¡vive Dios! no he sentido
en toda aquesta jornada
esta pierna excomulgada
sino es hoy, que me ha impedido
el haber antes llegado
donde el castigo le dé.
¡Vive Jesucristo, que
al grande desvegonzado
a palos le he de matar!

CRES. Pues habéis venido en balde,
porque pienso que el alcalde
no se los dejará dar.

D. LOP. Pues dárselos, sin que deje
dárselos.

CRES. Malo lo veo;
ni que haya en el mundo creo
quien tan mal os aconseje.
¿Sabéis por qué le prendió?

D. LOP. No más sea lo que fuere,
justicia la parte espere
de mí; que también sé yo
degollar, si es necesario.

CRES. Vos no debéis de alcanzar
señor, lo que en un lugar
es un alcalde ordinario.

D. LOP. ¿Será más que un villanote?

CRES. Un villanote será,
que si cabezudo da
en que ha de darle garrote,
por Dios, se salga con ello.

D. LOP. ¡No se saldrá tal, por Dios!
y si por ventura vos,

si sale o no, queréis vello,
decid donde vive o no.

CRES. Bien cerca vive de aquí.

D. LOP. Pues a decirme vení
quien es el alcalde.

CRES. Yo.

D. LOP. ¡Vive Dios que si sospecho! . . .

CRES. ¡Vive Dios como os lo he dicho!

D. LOP. ¡Pues Crespo lo dicho, dicho!

CRES. Pues señor, lo hecho, hecho.

D. LOP. Yo por el preso he venido,
y a castigar este exceso.

CRES. Pues yo acá le tengo preso,
por lo que acá ha sucedido.

D. LOP. ¿Vos sabéis que a servir pasa
al Rey, y soy su juez yo?

CRES. ¿Vos sabéis que me robó
a mi hija de mi casa?

D. LOP. ¿Vos sabéis que mi valor
dueño de esta causa ha sido?

CRES. ¿Vos sabéis cómo atrevido
robó en un monte mi honor?

D. LOP. ¿Vos sabéis cuánto os prefiere
el cargo que he gobernado?

CRES. ¿Vos sabéis que le rogado
con la paz y no la quiere?

D. LOP. Que os entráis, es bien se arguya
en otra jurisdicción.

CRES. El se me entró en mi opinión
sin ser jurisdicción suya.

D. LOP. Yo sabré satisfacer
obligándome a la paga.

CRES. Jamás pedí a nadie que haga
lo que yo me puedo hacer.

D. LOP. Yo me he de llevar el preso,
ya estoy en ello empeñado.

CRES. Yo por acá he sustanciado
el proceso.

D. LOP. ¿Qué es proceso?

CRES. Unos pliegos de papel

que voy juntando, en razón
de hacer la averiguación
de la causa.

D. LOP. Iré por él
a la cárcel.

CRES. No embarazo
que vais: sólo se repare
que hay orden que al que llegare
le den un arcabuzazo.

D. LOP. Como esas balas estoy
enseñado yo a esperar.
Mas no se ha de aventurar
nada en esta acción de hoy.—
Hola soldado, id volando
y a todas las compañías
que alojadas estos días
han estado y van marchando,
decid que bien ordenadas
lleguen aquí en escuadrones,
con balas en los cañones
y con las cuerdas caladas.

.....

Pues vive Dios que he de ver
si me dan al preso o no.

CRES. Pues vive Dios que antes yo
haré lo que se ha de hacer.

JORNADA TERCERA.—Escena XV.

P. CALDERON DE LA BARCA.



El Vergonzoso en Palacio

- MIRENO No parezco bien aquí solo, pues durmiendo está. Yo me voy.
- MAGDALENA [*Aparte.*] ¿Que al fin se va? [*Fingiendo que habla dormida.*] Don Dionís. . . .
- MIRENO ¿Llamóme? sí. ¡Qué presto que despertó! Miren ¡qué bueno quedara si mi intento ejecutara! ¿Está despierta? Mas no, que en sueños pienso que acierta mi esperanza entretenida; y quien me llama dormida, no me quiere mal despierta. ¿Si acaso soñando está en mí? ¡Ay cielos! ¿Quién supiera lo que dice?
- MAGDALENA No os vais fuera Don Dionís, llegaos acá.
- MIRENO Llegar me manda en su sueño. ¡Qué venturosa ocasión!

- obedecella es razón; pues aunque duerme, es mi dueño. Amor, acabad de hablar; no seáis corto.
- MAG. Don Dionís, ya que a enseñarme venís a un tiempo a escribir y amar al conde de Vasconcelos. . . .
- MIRE. ¡Ay celos! ¿qué es lo que veis?
- MAG. Quisiera ver si sabéis qué es amor y qué son celos: porque será cosa grave, que ignorante por vos quede, pues que ninguno otro puede enseñar lo que no sabe. Decidme: ¿tenéis amor? ¿De qué os ponéis colorado? ¿Qué vergüenza os ha turbado? Responded, deja el temor; que el amor es un tributo y una deuda natural, en cuantos viven, igual, desde el ángel hasta el bruto. Si esto es verdad ¿para qué os avergonzáis así? ¿Queréis bien?—Señora, sí.— ¡Gracias a Dios que os saqué una palabra siquiera!
- MIRE. ¿Hay sueño más amoroso? ¡oh mil veces venturoso quien le escucha y considera! Aunque tengo por más cierto que yo solamente soy el que soñándolo estoy; que no debo estar despierto.
- MAG. ¿Y habéis dicho a vuestra dama vuestro amor?—No me he atrevido—
- ¿Luego nunca lo ha sabido?— Como el amor todo es llama,

bien lo habrá echado de ver
 por los ojos lisonjeros,
 que son mudos pregoneros.—
 La lengua tiene de hacer
 ese oficio; que no entiende
 distintamente quien ama,
 esa lengua que se llama
 algarabía de allende.
 ¿No ha dado ella ocasión
 para declararos?—Tanta,
 que mi cortedad me espanta.—
 Hablad, que esa suspensión
 hace a vuestro amor agravio.—
 Temo perder por hablar,
 lo que gozo por callar.—
 Eso es necedad; que un sabio
 al que calla y tiene amor,
 compara a un lienzo pintado
 de Flandes, que está arrollado.
 Poco medrará el pintor
 si los lienzos no descoge
 que al vulgo quiere vender,
 para que los pueda ver.
 El palacio nunca acoge
 la vergüenza: esa pintura
 desdoblada, pues que se vende;
 que el mal que nunca se entiende,
 difícilmente se cura.—
 Sí; más la desigualdad
 que hay señora, entre los dos,
 me acorbarda.—Amor, ¿no es dios?—
 Sí señora.—Pues hablad;
 que sus absolutas leyes
 saben abatir monarcas,
 e igualar con las abarcas,
 las coronas de los reyes.
 Yo os quiero ser medianera:
 decidme a mí a quién amáis.—
 No me atrevo.—¿Qué dudáis?
 ¿Soy mala para tercera?—

No; pero temo, ¡ay de mí!—
 ¿Y si yo su nombre os doy?
 ¿Diréis si es ella, si soy
 yo acaso?—Señora, sí.—
 ¡Acabara yo de hablar!
 ¿Mas que sé que os causa celos
 el conde de Vasconcelos?—
 Háceme desesperar;
 que es señora, vuestro igual
 y heredero de Berganza—
 La igualdad y semejanza
 no está en que sea principal,
 o humilde y pobre el amante;
 sino en la conformidad
 del alma y la voluntad.
 Declaráos de aquí adelante,
 Don Dionís; a esto os exhorto;
 que en juegos de amor, no es cargo
 tan grande un cinco de largo,
 como es un cinco de corto.
 Días ha que os preferí
 al conde de Vasconcelos.

MIRE. ¡Qué escucho piadosos cielos!
 (*Dando un grito Mireno, hace que
 despierte Magdalena.*)

MAG. ¡Ay Jesús! ¿Quién está aquí?
 ¿Quién os trajo a mi presencia?
 ¡Don Dionís!

MIRE. Señora mía.... ..

MAG. ¿Qué hacéis aquí?

MIRE. Yo venía.....

a dar a vuestra excelencia
 lición; hallela durmiendo,
 y mientras que despertaba,
 aquí, señora, aguardaba.

MAG. Dormime, en fin, y no entiendo
 de que pudo sucederme;
 que es gran novedad en mí
 quedarme dormida así (*Levantán-
 dose*).

- MIRE. Si sueña siempre que duerme
vuestra Excelencia, del modo
que agora, ¡dichoso yo!
- MAG. ¡Gracias al cielo que habló
este mudo!
- MIRE. Tiemblo todo.
- MAG. ¿Sabéis vos lo que he soñado?
- MIRE. Poco es menester saber
para eso.
- MAG. Debéis de ser
otro José.
- MIRE. Su traslado
en la cortedad he sido,
pero no en adivinar.
- MAG. Acabad de declarar
como el sueño habéis sabido.
- MIRE. Durmiendo vuestra Excelencia,
por palabras le ha explicado.
- MAG. ¡Válame Dios!
- MIRE. Y he sacado
en mi favor la sentencia,
que falta ser confirmada,
para hacer mi dicha cierta,
por Vuexcelencia despierta.
- MAG. Yo no me acuerdo de nada.
Decídmelo; podrá ser
que me acuerde de algo agora.
- MIRE. No me atrevo, gran señora.
- MAG. Muy malo debe de ser
pues no me lo osáis decir.
- MIRE. No tiene cosa peor,
que haber sido en mi favor.
- MAG. Mucho lo deseo oír:
acabad ya, por mi vida.
- MIRE. Es tan grande el juramento,
que anima mi atrevimiento.
Vuestra Excelencia, dormida.....
—Tengo vergüenza.
- MAG. Acabad;
que estáis Don Dionís, pesado.

- MIRE. Abiertamente ha mostrado
que me tiene voluntad.
- MAG. ¿Yo? ¿cómo?
- MIRE. Alumbró mis celos,
y en sueños me ha prometido
- MAG. ¿Sí?
- MIRE. Que he de ser preferido
al conde de Vasconcelos.
Mire si en esta ocasión
son los favores pequeños.
- MAG. Don Dionís, no creáis en sueños,
que los sueños, sueños son.
.....
Triste estáis.
- MIRE. ¿Yo?
- MAG. ¿Qué tenéis?
- MIRE. Ninguna cosa.
- MAG. [Aparte.] Un favor
me manda amor que le dé.
[Tropieza y le dá la mano a Mire-
[no.
¡Válgame Dios! Tropecé. . . .
(Ap.) (Que siempre tropieza amor.)
El chapín se me torció.
- MIRE. [¡Cielos! ¿Hay ventura igual?]
¿Hízose acaso algún mal
Vuexcelencia?
- MAG. Creo que no.
- MIRE. [Que la mano la tomé]
- MAG. sabed que al que es cortesano,
le dan al darle la mano,
para muchas cosas pie. (Vase)
- MIRE. "¡Le dan al darle la mano
para muchas cosas pie!"
De aquí ¿qué colegiré?
Decid, pensamiento vano:
en aquesto ¿pierdo o gano?
¿Qué confusión, qué recelos
son aquestos? Decid, cielos,
¿esto no es amor? Mas no,

que llevo la estatua yo
del conde de Vasconcelos.
¿Pues qué enigma es darme pie
la que su mano me ha dado?
¿Qué es lo que espero? ¿qué sé?
Pie o mano, decid, ¿por qué
dais materia a mis desvelos?
Confusión, amor, recelos,
¿soy amado? pero no,
que llevo la estatua yo
del conde de Vasconcelos.
El pie que me dió, será
pie para darla lición,
en que escriba la pasión
que el conde y su amor la da.
Vergüenza, sufrí y callá;
bajad ya, atrevidos vuelos,
vuestra ambición, si a los cielos
mi desatino os subió;
que llevo la estatua yo
del conde de Vasconcelos.

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.



LOS AMANTES DE TERUEL

- ISABEL (*Que vuelve en sí.*)
Drusila ¿es este sueño?
¿es imaginación o fantasía?
¿que de mi amante dueño
no tengo de gozar la compañía?
¿es cierto? ¿es desvarío?
di: ¿es ilusión del pensamiento mío?
¿Qué es esto cielo, airado
contra mi humilde pecho tan esquivo?
¿Muerto mi dueño amado,
mi dueño amado muerto, cómo vivo?
Drusila, amiga amada,
dame la muerte con alguna espada.
- DRUSILA Señora tu prudencia
has de mostrar aquí.
- ISABEL Déjame agora,
que no ha de haber paciencia,
a tan extraño mal.
- DRUSILA Mira, señora,
que eres cristiana advierte.
- ISABEL Es gentil el amor en vida y muerte.
Déjame.
- DRUSILA ¡Caso extraño!
El seso ha de perder.
- ISABEL Murió mi dueño.